



En este número inauguramos una nueva sección a la que titularemos "PAGINA LITERARIA" donde los socios podrán publicar sus obras aunque éstas no hagan referencia explícita alguna a temas maranchoneros. Es recomendable que los relatos sean cortos y su publicación queda supeditada a la disponibilidad de espacio teniendo en cuenta la preferencia de temas referentes a asuntos relacionados con Maranchón. Tecla Martínez, escritora y socia de la Migaña inaugura esta sección con un interesante relato sobre cuestiones de las que los maranchoneros también sabemos mucho, sobre todo de la emigración y añoranza de lo que en su día dejamos atrás. Por razones de espacio el relato se publica en dos partes. He aquí la primera.

## EL RETORNO (I)

La noche se ha hecho más larga que de costumbre.

- Mañana continuaremos con esta conversación. Esto es para pensarlo muy despacio, Juan.

- No lo creas. Las cosas importantes como ésta tienen pocos interrogantes.

- Bien, déjalo ahora. Vamos a dormir.

Yo misma quería negar urgencia al asunto y, a la vez, me gustaba que adivinara lo contrario. No dejó el tema, ni en la cama.

Al día siguiente, continuó. La carta de la muerte de tío Anselmo había movido en Juan el deseo de volver a Careña aunque, a decir verdad, no lo había perdido nunca. Yo, no sé por qué no quería dejar ver mis sentimientos más contenidos. Estaba tan ilusionada como él y no era capaz de decírselo.

Tío Anselmo tenía un bar en Careña y la tía -su mujer- nos ofrecía traspasármolo. Nos decía en la carta que había pensado dejar el negocio. Le faltaba "su hombre" y ella no quería continuar. Al fin, no tenía hijos y, para qué iba a seguir...

Para nosotros era una buena ocasión de volver a España, con un trabajo. El bar no daba para mucho, pero sí para vivir; más o menos con los mismos ingresos que en Alemania.

Conocíamos el negocio de cuando íbamos de vacaciones y nos hacíamos una idea de lo que podía rentar. El pueblo es pequeño y el bar es el único centro de reunión de hombres y jóvenes.

El momento era oportuno porque los niños estaban en esa edad intermedia en que todavía se les podía separar de su medio social, sin que lo sintieran demasiado.

- Si decidimos irnos, habrá que hablar a los niños- me dijo Juan-.

- Sí, claro. Y entiendo que les debemos plantear las cosas con toda realidad, porque los niños tienen aquí su mundo, y para aceptar otra cosa ha de ser convencidos o, por lo menos, con la ilusión de que les va a gustar.

-Hoy mismo se lo diremos. Al volver del colegio es un buen momento para reunirnos; antes de la cena.

Yo tuve un día inquieto. Me llenaba de ilusión la idea de poder volver a "la tierra", pero me tintineaban decenas de pensamientos: Cómo nos recibiría el pueblo. Mi trabajo se duplicaría (tendría que ocuparme de la casa y del mostrador). Dejaríamos de contar con tiempo fijo de vacaciones. Las posibilidades de formación cultural para nuestros hijos se reducirían. La casa habría que acomodarla, porque es vieja. No contábamos con dinero suficiente para afrontar los primeros meses. Para pagar a la tía habría que pedir un crédito. Aquí nos dejamos los amigos, emigrantes como nosotros. Allí hay poca gente de nuestra edad. Y..., así, hasta los más pequeños detalles de forma y calidad de vida.

A Juan no había tenido tiempo de comentarle estas cosas. En él, las ganas de volver podían con todo y me parecía cruel desbaratárselas. Sé que él no es un loco y que también habrá pensado en todo esto pero, como yo, se lo calla.

Juan volvió del trabajo con el "discurso" preparado. Esa tarde era importante.

- ¿No han venido los niños todavía?

- No. Y me alegro. Me han avisado del colegio que se retrasarán un poco, porque están preparando una fiesta y, eso, nos va a dar la oportunidad para hablar tú y yo un rato más de los inconvenientes que se nos pueden presentar. Toda la mañana he estado pensando en lo que nos podemos encontrar en Careña. Has tenido en cuenta que...

- Sí, por supuesto; pero si no damos ahora el paso olvídate de darlo nunca.

- ¿Tú crees que es fácil encontrar un trabajo para mí en Careña o alrededores?. Tú no tienes tierras; yo tampoco. Industria, no hay. Especialidad no tenemos ninguna. Pues, dime, ¿qué se nos puede presentar?.

- Nada, es cierto.

- Bien. Vamos a poner las cosas claras. Por encima de nuestros temores ¿tú quieres volver a Careña, o dejamos pasar la ocasión?.

Sé que todo eso a lo que tenemos miedo está y puede darse pero, de cualquier manera hay un reto y, el riesgo, a veces también sus encantos y sus ventajas.

- ¿Te parece, entonces que hablemos a los niños?.

- Hazlo y, sea lo que Dios quiera.

No fue oportuno aquel día decírselo. Vinieron tarde y, en Alemania los horarios empujan demasiado el orden de vida. Pero les avisamos.

- Mañana -les dijimos-, papá y yo os hablaremos de algo que nos interesa a todos.

- ¿Nos vais a cambiar de colegio, mamá? -dijo Belén-.

- No. No es nada de eso.

- Pues, ¿qué es?.

- Déjalo ahora, Belén.

Os voy a preparar la cena y os acostáis.

Juan y yo nos volvimos a quedar en silencio, pero pronto seguimos con la misma conversación. No teníamos otro tema cuando nos veíamos. Se nos llenaba la boca de "haceres y aconteceres". Está visto que la ilusión no tiene barreras.

- ¿Qué te parece si al bar le agregamos la parte de la cuadra y convertimos ese espacio en Café para tertulia de hombres y mujeres los domingos?.

- Me gusta la idea y ..., con el tiempo se podría pensar en una discoteca también.

- Para..., para..., no vayas tan lejos. Parece que olvidas que aquello es un pueblo y que lo más que podemos hacer es poner Tv., por ahora. (CONTINUARÁ).....